

BELÉN MARTÍNEZ

LILAN

Sangre y orquídeas

 **UMBRIEL**

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

¡ATENCIÓN!

NO DEBERÍAS LEER ESTE RELATO
SI NO HAS TERMINADO PLACERES MORTALES,
YA QUE CONTIENE SPOILERS.

Cuando me derrumbé sobre la cama, supe que nunca más volvería a levantarme.

Sentía la vida escurrirse entre mis piernas. Riachuelos de color rubí que bajaban por los muslos, empapaban la ropa interior y traspasaban la seda del *hanyu* rosado que me cubría.

La Dama Rong se pasó las manos por la cara, desesperada, sin darse cuenta de que las tenía manchadas de sangre. Dejó una estela carmesí sobre sus mejillas, que se desdibujó cuando lágrimas de pánico cayeron por ellas.

Ella había echado a gritos a San, le había pedido que buscara ayuda, pero yo sabía que no llegaría a tiempo. Ni siquiera sentía dolor. Solo una presión inmensa en el vientre. Sabía que las mujeres de parto chillaban, pero a mí no me quedaban fuerzas para ello.

—Veo... veo su cabeza —farfulló, inclinándose entre mis piernas temblorosas y abiertas.

Sabía lo que tenía que hacer. Mi madre me había hablado de ello aquel mismo día, cuando me había visitado. También me lo habían explicado algunas de las concubinas del Harén, con el ceño fruncido y los labios apretados. Como si se preocupasen por mí.

Los ojos de la Gran Dama Liling pestañearon desde un rincón lejano de mi cabeza. Unos labios pintados del color de la sangre que escapaba de mi vientre me sonrieron desde la oscuridad de los recuerdos.

A pesar del mareo, de aquella sensación demoledora que me sacudía, se me escapó una sonrisa perdida.

Había sido una tonta.

—Tienes que empujar, Lilan. —La Dama Rong me aferró la mano entre las suyas y se arrodilló a mi lado—. Tienes que intentarlo.

Pero antes siquiera de que tomara la siguiente bocanada de aire, las puertas correderas del dormitorio se abrieron y apareció tras ella la figura imponente de la Gran Madre. A su espalda se encontraban varias mujeres que identifiqué como sus criadas. Ninguna era cuidadora. Tampoco la acompañaba ningún sanador imperial.

La Dama Rong no realizó ninguna reverencia. Giró la cabeza hacia la recién llegada y movió los labios, pero la voz de la Gran Madre la interrumpió.

—Márchate —ordenó.

Durante un instante, ella se quedó paralizada, con las lágrimas cayendo sin cesar de sus ojos.

—Es una orden, concubina —insistió la madre del Emperador. Jamás su voz había sonado tan fría, tan muerta.

Rong, aun así, me miró de soslayo. No quería alejarse de mi lado. Quizás sabía que, cuando regresase, yo ya no formaría parte de su mundo. No obstante, logré asentir débilmente con la cabeza. Ella apretó los dientes, contrariada, y clavó durante un momento su frente en nuestras manos unidas. Después, las besó casi con violencia y se incorporó con rudeza.

No miró atrás cuando salió de mi dormitorio a paso vivo.

En el instante en que la puerta se cerró, la expresión de la Gran Madre se transformó. Sus ojos de halcón, maquillados en un tono carmesí, se hundieron en sus criadas que esperaban instrucciones. Ni siquiera pronunció una palabra en voz alta. Con una mirada bastó para que comenzasen a moverse.

A duras penas, entre parpadeos, vi cómo se colocaban a los pies de mi cama y apartaban con delicadeza el *hanyu* empapado, pegado a mis piernas.

Esto no debería haber ocurrido, dijo de pronto una voz que conocía muy bien.

Giré la cabeza, sobresaltada, y vi a Cixi, mi querida Cixi, en una esquina de la estancia. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido. Ligeramente inclinada hacia delante, enojada como la última vez que me había encarado en aquel pasillo de la mansión de Hunan. Hasta recordaba la túnica de servidumbre que la vestía.

Sabía que ella no estaba aquí, realmente. Sabía que su compañía solo podía significar una cosa. Pero yo sonreí y me dejé llevar por ella.

Verla me hacía recordar Kong. Verla era sentirme en casa.

¿Sigues enfadada conmigo?, le pregunté, sin mover los labios. Sabía que me escucharía.

Ella bajó los brazos y observó a las criadas de la Gran Madre, que cuchicheaban entre sí. Una de ellas me suplicó que empujara, pero yo apenas pude oírla. La poca conciencia que me quedaba estaba perdida en una joven con nombre de flor que realmente no estaba aquí.

Ahora más que nunca, respondió, implacable. Porque así era ella. *Te supliqué que no atravesaras estos muros.*

Una de las mujeres que se inclinaban sobre mí se dirigió a la Gran Madre. Se acercó a su oído y le murmuró unas palabras que yo no pude escuchar. Me pareció ver que negaba con la cabeza.

La madre del Emperador cerró los ojos durante un largo instante y, cuando los abrió, hundió la mirada en mí.

—Gran Dama Lilan...

—Me... muero, ¿verdad? —la interrumpí, con una voz jadeante que arañaba mi garganta al salir.

La Gran Madre se acercó a la cama y se arrodilló junto a mí. El suelo estaba manchado de sangre, pero a ella no le importó ensuciarse la preciosa falda de su *hanyu*, ni los dedos enjorjados cuando tomó sus manos entre las mías.

—Lo... lo siento mucho —susurró. Había lágrimas en sus ojos. Jamás la había visto llorar—. Debí protegerte mejor. Debí... —Calló de pronto y me apartó con ternura un mechón de cabello húmedo que enturbiaba mi visión—. Creemos que el bebé está vivo. Tienes que empujar, Lilan. Tienes que luchar una última vez.

—Prométeme... que la sacarás de aquí... —logré contestar. Las paredes de la estancia se desdibujaban. El mundo se apagaba a mi alrededor—. No quiero que estas paredes rojas la devoren.

Porque era una niña. Me lo decían las entrañas.

Tomé aire y, cuando la presión de mi vientre se hizo insoportable, empujé con todas mis fuerzas. Las criadas me animaron entre susurros, pero su voz sonó como una letanía, como una plegaria a los muertos.

Parecía que me rompía. Que la mitad inferior de mi cuerpo se dividía en dos mitades perfectas y que los huesos y los músculos se desgarraban. Tomé aire y grité. Grité como nunca había gritado. Y un pequeño cuerpo, cálido y húmedo, escapó de mi interior.

Antes de que las criadas pudieran tocarlo, la Gran Madre tomó al recién nacido entre sus manos y me lo colocó encima, en el pecho. Sobre mi corazón. El cordón que nos unía seguía latiendo entre nuestros cuerpos.

El bebé, de cabello muy negro y ojos inmensos, me miró sollozando. Sin embargo, cuando posé mis manos sobre su espalda suave, se calmó.

—Es una niña —oí que murmuraba la Gran Madre.

El mundo desaparecía alrededor de esos ojos inocentes que nunca tendrían ningún recuerdo de mí.

Quiero que seas feliz, le susurré con mi mente, porque ya no tenía energía ni para separar los labios. *Y tú también, Cixi.*

Miré de soslayo al rincón donde se encontraba mi mejor amiga, mi hermana, la persona a la que más había querido en el mundo.

Haz caso a las palabras de mi última carta, le rogué. *Regresa a la Aldea Kong. Es el lugar al que perteneces. El sitio donde vivir tu propia historia.*

Ella me respondió con un bufido y una media sonrisa.

Lilan, sabes muy bien que eso no ocurrirá, contestó, separándose de la pared con un impulso. Caminó hacia mí y, bajo sus pies, me pareció que el suelo del dormitorio se transformaba. Cambiaba. Casillas rojas y blancas cubrieron la madera que pisaba. *Cuando me entere de lo que ha ocurrido, leeré todas tus cartas y sabré entonces que tu muerte no ha sido accidental. Que alguien lo ha provocado. Igual que lo sabes tú.*

Por supuesto que lo sabía. Igual que estaba segura de que Cixi buscaría una explicación, buscaría justicia. Buscaría venganza. Porque así era ella. Nada podía detenerla, ni los muros de «la ciudad dentro de la ciudad» ni el Gran Dragón que vivía en el subsuelo.

Esperaría el tiempo que hiciera falta asestar el golpe final.

—Cixi —musité. Y ya después no pude decir nada más.

Dejé caer los párpados, con la seguridad de que nunca más volvería a abrirlos.

Cixi había muerto varias veces durante estos años que habíamos compartido y, cuando volvía a la vida gracias a su Virtud, siempre decía que no veía nada. Solo oscuridad.

Pero yo sí vislumbré algo antes de morir.

Un tablero de Wu.

Y, en el centro, sobre él, vestida de rojo, a Cixi. Parecía una princesa.

Una Emperatriz.

Me sonreía, y de una sola caricia derribaba la figura del dragón.